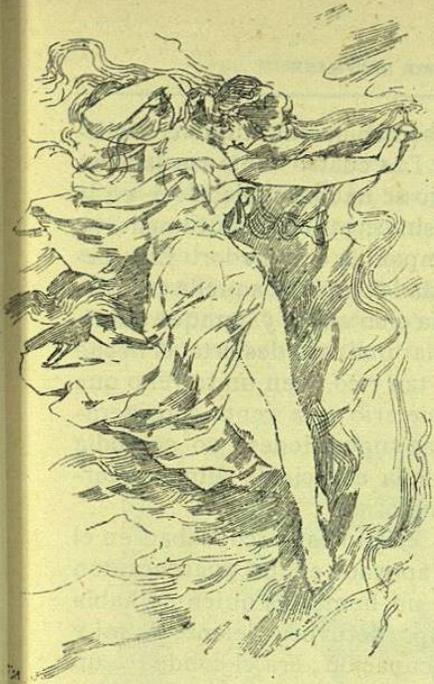


EL MISTERIO DE LA CASA DESIERTA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MISTERIO
DE LA CASA DESIERTA

EL aspecto de los numerosos y brillantes edificios de la Residencia de V^{***}, y la belleza de los productos del arte y de la industria con

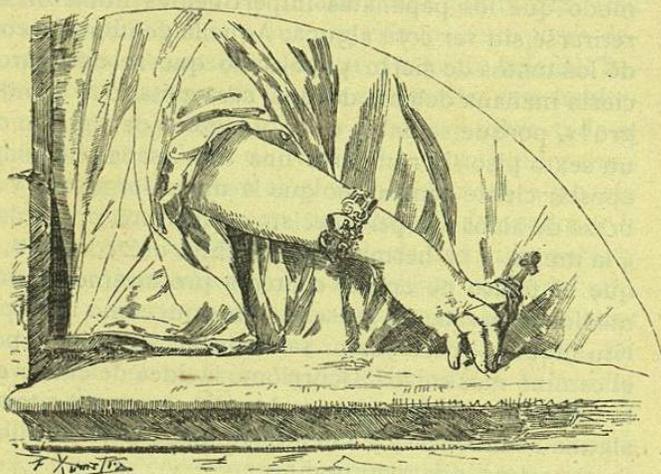
que diariamente se enriquece, constituyen las delicias de los curiosos y son la maravilla admirada de todos los viajeros. La calle principal, flanqueada de soberbias casas, y que conduce á la puerta de^{***}, sirve de paso continuo á lo más escogido de la sociedad, que pasa allí el tiempo visitándose. En los pisos bajos hay lujosas tiendas; y en los superiores hállanse habitaciones de las más cómodas: es el barrio de la aristocracia.

Más de mil veces había recorrido yo aquel paseo, cuando cierto día mi vista se fijó en una casucha, cuyo aspecto contrastaba singularmente con los alrededores. Figuraos un cuadrado de piedras con cuatro ventanas, que formaba un solo piso; su altura no excedía apenas de la de un entresuelo de las magníficas casas contiguas á derecha é izquierda; el tejado de aquel barracón, agrietado por todas partes, hallábase ya rui-

nosos, y los vidrios rotos se habían sustituido con pliegos de papel gris ó azul. Las cuatro ventanas estaban cerradas; las del piso bajo se habían tapiado; y en la puerta, estrecha, baja y sin cerradura, inútilmente se hubiera buscado una campanilla ó llamador. Este deterioro indicaba una soledad completa; aquella casucha parecía abandonada hacia cien años, y aunque en rigor nada tiene de particular una casa desierta, el hecho de hallarse en un barrio tan rico, y en un terreno que podía reportar á su propietario una renta considerable, podía dar origen á las suposiciones: yo no podía pasar por delante de aquella especie de ruina sin forjarme las más diversas historias.

Cierto día en que los elegantes se codeaban en el paseo, estaba yo de pie, apoyado en un guardacantón frente á la casa desierta: un hombre á quien no había visto hacía mucho tiempo detúvose delante de mí y me distrajo de mi preocupación; era el conde P., un soñador, por lo menos tan curioso y fantástico como yo. También había pensado mucho sobre el misterio de la casa desierta, pero sus suposiciones iban mucho más lejos que las mías, pues llegó á crearse una historia tan extravagante, que apenas hubiera podido admitirla como verdadera la más atrevida imaginación. Juzgue hasta qué punto quedaría chasqueado aquel pobre conde cuando después de buscar el más trágico desenlace para su historia, supo que la famosa casa desierta era simplemente el taller de un confitero, cuya tienda estaba contigua: habíanse tapiado las ventanas del piso bajo para ocultar á los transeúntes el aspecto de los hornillos y crisoles; y las ventanas del primer piso estaban calafateadas para preservar del sol y de los insectos los confites almacenados allí. Estos malditos datos produjeron en mí el efecto de una ducha helada; y ya no había sueño posible ni poesía; no se necesitaba más para echar por tierra todas las ilusio-

nes de un hombre sensible, dispuesto á exaltarse. Sin embargo, á pesar de la explicación material que se me había dado, no podía menos de mirar la casa desierta con un sentimiento inexplicable que me estremecía; mi espíritu rechazaba con cólera la idea de que hubiera confites en vez de los fantasmas que tan poderosamente me habían preocupado; y no perdía la esperanza de ver algún día al mundo fantástico tomar



posesión de aquella vivienda. La casualidad debía lanzarme de nuevo muy pronto en la vía de las suposiciones.

Algunos días después de encontrar al conde P., pasé á eso de las doce de la mañana por delante de la casa desierta, y ví agitarse suavemente una cortinilla de sarga verde en la ventana más próxima á la tienda del confitero; una mano blanca, muy bien torneada, que tenía el dedo meñique adornado con un magnífico brillante, se deslizó debajo de la cortinilla; después vi un brazo de alabastro que ostentaba una pulsera de oro;

la mano depositó un frasquito de cristal en la saliente de la ventana y desapareció.

Permanecí inmóvil con la vista fija, cual si tuviese los pies clavados en el suelo, haciendo al parecer una figura tan extraña, que en menos de diez minutos una multitud de curiosos se agrupó á mi alrededor, siguiendo con la vista la dirección de mis miradas; pero ya no había mano sonrosada ni brazo de alabastro; de modo que los papanatas impertinentes hubieron de retirarse sin ver cosa alguna. Aquella gente me recordó los tontos de cierto pueblecillo que se agruparon cierta mañana delante de una casa gritando: «¡milagro!», porque se había caído un gorro de algodón de un sexto piso sin romperse una sola malla. Se podía apostar ciento contra uno que la mano sonrosada y el brazo de alabastro pertenecían en legítima propiedad á la mujer, á la hermana ó á la hija del confitero, y que el frasco de cristal contenía prosaicamente una medida de jarabe de grosella. ¡He aquí cómo un espíritu inquieto, pero justo, sabe llegar á su objeto por el camino más corto! Ocurrióme la idea de entrar en la tienda del confitero para obtener con mucho tacto alguna confidencia; y mientras tomaba unas pastillas de chocolate, dije á mi hombre:

— Amigo mío, habéis elegido muy buen sitio para vuestro establecimiento, y no debe faltáros comodidad, gracias á esa casa vecina, donde habéis establecido el laboratorio.

— ¿Quién diablos ha podido deciros— exclamó el industrial mirándome con sorpresa — que yo me utilizo de la casa de al lado? Ciertamente me convendría; mas á pesar de todos mis esfuerzos, aún no se ha concluído el negocio. Por lo demás, y bien reflexionado, no lo siento, porque en esa casa deben ocurrir cosas extraordinarias que perjudicarían singularmente al inquieto aficionado á la tranquilidad y al reposo.

Dios sabe, querido lector, hasta qué punto me preocuparon estas palabras; intenté hacer hablar á mi hombre; pero todo cuanto pude averiguar de él, á fuerza de preguntas, fué que la casa desierta pertenecía á la condesa S^{***}, la cual residía en sus tierras y no había vuelto hacía algunos años. Por lo demás, la casa presentaba el mismo aspecto desde tiempo inmemorial, y nadie parecía cuidarse de hacer la menor reparación para preservarla de una ruina inminente. Dos seres la habitaban: un anciano criado y un perro decrepito que no cesaba de ladrar. La gente baja del barrio estaba convencida de que en aquella casa habitaban duendes, pues en ciertas épocas, y sobre todo al aproximarse la fiesta de Navidad, oíanse ruidos muy extraños que turbaban el silencio de la noche; y hasta en ciertas ocasiones oíase un estrépito atronador. Alguna que otra vez, la voz cascada de una vieja parecía esforzarse para entonar una especie de canto del otro mundo, y apenas se distinguían algunos monosílabos franceses mezclados con una lengua desconocida. En fin, añadió el confitero, conduciéndome á la tienda, ¿veis ese tubo de hierro que sobresale de aquella pared? Pues bien, en medio del verano he visto salir á veces por ese conducto un humo muy espeso, cual si en el interior de la casa hubiera un fuego infernal. En varias ocasiones me quejé al viejo criado, que nos amenaza á cada instante con algún incendio; pero el tunante pretende que eso es el carbón de su cocina. Sólo el diablo sabrá lo que come ese viejo, pues el humo que sale de la chimenea esparce al mismo tiempo un olor nada apetitoso.

En aquel momento, la puerta de la tienda hizo resonar un timbre agudo al abrirse. El confitero se excusó para ir á despachar al parroquiano, y como yo iba detrás de él, comprendí al punto por la señal de cabeza que me hizo disimuladamente, que la persona que

acababa de entrar era la misma de quien hablábamos. Figuraos, querido lector, un hombrecillo flaco y seco, con la piel apergaminada y amarillenta, nariz puntiaguda, labios muy delgados, ojos de color verde gris, sonrisa estúpida y cabellos empolvados en forma de pirámide; su traje se componía de un levitón muy gastado por el uso, que en otro tiempo debió ser de color de café; calzón ceñido sobre medias grises, y zapatos de punta cuadrada con hebillas de similor. De las bocamangas de su levitón sobresalían dos puños muy robustos que cuadraban bastante mal con la voz de falsete y quejumbrosa con que el viejo pidió naranjas y castañas confitadas, mazapán y otras golosinas. El confitero se apresuró a servirlo; mientras que el viejo, sacando de su bolsillo una escarcela de cuero rojizo ya muy gastada, tomó de ella algunas monedas roñosas, y pagó, murmurando frases incoherentes.

—¿Estáis enfermo, vecino?— le preguntó el confitero:—parece me veros triste; pero eso será la edad ¿no es cierto? Es la edad...

—¡Hoho, hoho! ¿Quién dice eso?—refunfuñó con expresión de enojo el satánico vejete, haciendo una pirueta tan pesada que los vidrios de la tienda retemblaron, y pisando, en su evolución, una pata del perro negro que le acompañaba, el cual profirió agudos aullidos.

—¡Maldito animal!— exclamó el viejo, abriendo la bolsa en que llevaba los confites para arrojar uno al perro, que calló por glotonería, sentándose al punto con la gracia de una ardilla.

—Buenas noches, vecino—dijo el vejete cuando su perro se hubo comido la golosina,—buenas noches; el pobre anciano gastado por la edad os desea buena suerte y larga vida.

Así diciendo, estrechó la mano del confitero con sus

dedos huesosos, pero tan fuertemente, que el buen hombre profirió una exclamación de dolor.

—Ya habéis visto, caballero—me dijo el industrial cuando hubo salido su parroquiano—la especie de *factotum* del conde S**, y el guardián de la casa desierta. Algunas veces me he quejado del ruido que hacía por la noche; pero á todo me responde «que espera á la familia de su señor hace tantos años, que es de creer que no vendrá nunca.» No sé nada más, y con esto tengo el honor de saludaros, porque ha llegado la hora en que nuestras hermosas damas vienen á sentarse en la tienda y se disputan las dulzuras que diariamente invento para sus bonitas bocas.

Al salir de la tienda del confitero comencé á buscar mentalmente una relación entre el canto triste y singular que se había oído en la casa desierta y el brazo encantador que poco antes vi bajo la cortina de sarga, persuadiéndome al fin de que, por una ilusión de acústica, el confitero habría creído que era una voz de vieja el canto dulce, aunque plañidero, de alguna hermosa mujer perseguida y cautiva de un odioso tirano. Otra vez volví á pensar en el humo denso que salía del cañón de la chimenea, y en el frasco de cristal colocado en la ventana; y deduje, sin buscar ya más, que la hermosa desconocida era víctima de un abominable sortilegio. En el vejete creí ver un hechicero disfrazado; mi cerebro se exaltó, y miles de figuras diabólicas se me representaban en mis insomnios. Por un inefable encanto, el brazo de alabastro se unió en mi pensamiento con un hombro más blanco que la nieve, que mis ojos creían ver; después la figura adorable de una joven surgió ante mí velada en aquella especie de alucinación; y parecióme que la plateada bruma que me ocultaba en parte las facciones encantadoras de aquel ángel se escapaba en forma de onda sin fin del frasco de cristal. Para conseguir la libertad de aquel

sér encantador concebí los más descabellados proyectos; profería maquinalmente las exclamaciones más caballerescas; pero de pronto parecióme que una mano de esqueleto me golpeaba el omóplato, rompiendo en mil pedazos el frasco maravilloso; y entonces la aparición se desvaneció, dejando tras sí el eco moribundo de una triste queja.

Al día siguiente corrí á primera hora á situarme frente á la casa desierta, y observé que habían puesto persianas, pues no estaban la vispera; de modo que parecía una tumba. Durante todo el día no dejé de rondar por los alrededores, y llegada la noche volví á pasar por delante de la casa; la puertecilla, sin cerradura, estaba entornada, y el viejo asomaba la cabeza por fuera. Al ver esto, resolví hablarle, y acercándome á él, preguntéle cortésmente:

—¿No vive en esta casa el consejero de Hacienda Binder?

—No—contestó el vejete sonriendo con desconfianza;—jamás ha puesto aquí los pies ni vendrá nunca, y todo el mundo sabe que habita lejos de este barrio.

Al pronunciar estas palabras retiró la cabeza y dióme con la puerta en las narices. Le oí toser y arrastrarse pesadamente, produciendo como un ruido de llaves, y parecióme que bajaba en el interior por una escalera. Por la puerta entornada había observado que en el vestíbulo había tapices muy roídos, y sillones antiguos de tela escarlata.

Á la mañana siguiente, á eso del medio día, una fuerza irresistible me atrajo al mismo sitio, y esta vez ví, ó creí ver, en la ventana del primer piso, la cortinilla de sarga verde medio levantada; un diamante brilló, y después una mujer encantadora, apoyada en la saliente interior, tendióme los brazos con aire suplicante. Preguntándome si soñaba, busqué con la vista un sitio donde pudiera continuar mis observaciones

sin llamar la atención de la multitud; al otro lado de la calle divisé un banco de piedra, frente á la misma casa, y al punto fui á sentarme en él. Entonces levantó la vista: sí, allí está la encantadora joven que mi mente había adivinado, pero permanece inmóvil y su vaga mirada no se fija en mí, por lo cual comienzo á creer que lo que mis ojos han visto es sólo una magnífica pintura. De repente pasa junto á mí un quinquillero, y suplicame le compre algún objeto para estreñarse con suerte, porque no ha vendido nada en toda la mañana. Al pronto le rechazo con dureza, pero insiste, y expone á mi vista todo sus objetos, ofreciéndome un espejito de bolsillo, que coloca á cierta distancia de mis ojos, lo cual me permite ver con mucha claridad la ventana de la casa desierta y la angelical figura de la joven. Aquel objeto me tienta poderosamente, y le compro sin regatear; mas apenas hago uso de él, un acceso de catalepsia parece fijar fatalmente mis ojos en el espejito, sin que me sea posible apartarlos; de repente creo ver los hermosos ojos de mi seductora desconocida, interpuestos entre el espejito y yo; un sentimiento de ternura inefable hace palpitar mi corazón...

—Tenéis un precioso espejito—me dice de pronto una voz junto á mí.

Despiértome como de un sueño, y no es poca mi sorpresa al verme rodeado de un círculo de personas que no conocía, y que sonrien con expresión equívoca, cual si mirasen á un loco.

—Tenéis un espejo maravilloso—repite la misma voz;—pero ¿podría saberse qué preocupa tanto vuestra atención? ¿Estáis acaso en relaciones con los espíritus?

El individuo que me dirigía esta pregunta, me pareció una persona formal; vestía con elegante sencillez, y la dulce expresión de su semblante inspiraba con-

fianza. No pude menos de confesarle sin rodeos lo que experimentaba, y preguntéle si no había observado también aquella admirable figura.

—A fe mía, caballero—contestó—creo tener ojos bastante buenos, y Dios quiera que no necesite las antiparras hasta de aquí á muchos años. He visto la figura de que habláis; pero creo que es un retrato al óleo, pintado por un excelente artista...

Me apresuré á mirar de nuevo, pero ya habían corrido la cortinilla.

—Ved, caballero—añadió mi interlocutor—el anciano criado del conde S^{***}, dueño de esa casucha, acaba de descolgar el retrato para limpiar el polvo, y ha vuelto á cerrar la ventana.

—¿Estáis seguro?—pregunté con aire consternado.

—Tan cierto como que estoy vivo. Mirando el objeto en el espejito, una ilusión óptica os ha engañado, y lo mismo me hubiera sucedido á mí á vuestra edad, con tan ardiente imaginación.

—Pero yo he visto mover la mano y el brazo—exclamé de nuevo, presa de un asombro difícil de describir.

—No digo lo contrario—replicó mi interlocutor, sonriendo con irónica cortesía. Y dando media vuelta, alejóse diciendo:—Desconfiad de los espejos que el diablo fabrica. Pasadlo bien.

Ya comprenderéis, querido lector, cuánto debí sufrir al verme tratado como un visionario imbécil. Poseído de cólera y avergonzado, corrí á encerrarme en mi casa, bien resuelto á no ocuparme más de la casa desierta.

Algunos asuntos que debía arreglar me ocuparon varios días, contribuyendo no poco á calmar mi cerebro; por las noches, sin embargo, experimentaba sobreexcitaciones calenturientas; pero pude resistir sin dificultad. Había vuelto á servirme del espejito, causa

de mi alucinación, y cierta mañana, al cogerlo para ponerle en mi tocador, parecióme que el cristal estaba empañado; soplé la luna, pasé sobre ella un paño y me miré... ¡Oh! aún me estremezco al recordarlo... En vez de mis facciones, ví las de la misteriosa desconocida de la casa desierta; sus ojos estaban llenos de lágrimas, y fijábanse en mí con una expresión más dolorida aún que la primera vez.

La sensación que experimenté fué tan violenta, que los días siguientes no hice más que pasar y repasar por delante de la casa desierta. La imagen de la hermosa joven se me representaba en todos mis pensamientos; sólo vivía para el fantasma; y parecióme que entre mí y aquel sér de naturaleza desconocida se establecían relaciones físicas, aunque invisibles. Poco á poco caí en un estado de languidez que minaba los órganos de mi vida; era una mezcla de dolor y de voluptuosidad que me debilitaba, y no podía oponer resistencia alguna á aquella influencia sobrenatural. Temiendo perder el juicio, y sin tener apenas fuerza para andar, fui á ver á un médico célebre que se ocupaba especialmente del tratamiento preventivo de las dolencias mentales; le referí todo cuanto me pasaba hacía algún tiempo, y supliquéle que no me abandonara en un estado peor que la muerte.

—Tranquilizaos—me dijo el doctor;—tenéis el espíritu enfermo, pero conocéis muy bien la causa de la perturbación, y esto es ya una condición favorable para curaros. Por lo pronto, dejad aquí vuestro espejito; volved á casa; buscad alguna ocupación que absorba todas vuestras facultades, y después de haber trabajado animosamente, fatigad el cuerpo por un largo paseo; llegada la noche, id á visitar á vuestros amigos y divertíos con ellos. Agregad á este régimen un alimento fuerte, y para bebida, vinos generosos. Todo vuestro mal está solo en una idea fija; si conse-